

LAPALABRA

Y EL HOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Rosa Lyn Martínez Roldán

r.lyn.marr@hotmail.com

Universidad Veracruzana

Mujeres y poder... ¿en la literatura?

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana

Número 57-58, julio-diciembre 2021, pp. 81-83.

ISSN:01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

MUJERES Y PODER. . . ¿en la literatura?

Rosa Lyn Martínez Roldán

Este era un hombre muy intelectual e importante en el medio de la literatura. Leía como hombre, escribía como hombre, enseñaba y adulaba a otros hombres. Todos lo admiraban porque en el mundo no había un hombre más conocido y conecedor que él. Un día un alumno le preguntó por una autora muy intelectual e importante en el medio de la literatura, pero nuestro hombre no supo qué responder. No la conocía.

Esta ficción está basada en hechos reales. El tema de las mujeres en la literatura, aunque cada vez es más fuerte, se sigue abordando muchas veces desde la segregación: a menudo los programas de literatura se encuentran cubiertos por escritores varones, en su mayoría, y tan solo un bloque está dedicado a la literatura escrita por mujeres, como si fuera algo aparte, como si no fuera literatura. Esta segregación, que muchas veces se hace con las mejores intenciones, invita a cuestionar por qué, dentro de las instituciones, hablar de las obras de las mujeres representa un punto de quiebre: el hecho de que las mujeres tengamos voz pública, incluso si es escrita, resulta tan nuevo que aún no sabe cómo manejarse.

Mary Beard, en su libro *Mujeres y poder. Un manifiesto* (2018, Planeta), sostiene que la cultura occidental es heredera de una tradición en la que el discurso público pertenece exclusivamente a los hombres, y todo lo que esté fuera de ese canon podría considerarse mala oratoria, o mala literatura, agregaría yo. Esta tradición se ha conservado por siglos.

Mary Beard, en su libro *Mujeres y poder. Un manifiesto* (2018, Planeta), sostiene que la cultura occidental es heredera de una tradición en la que el discurso público pertenece exclusivamente a los hombres, y todo lo que esté fuera de ese canon podría considerarse mala oratoria, o mala literatura, agregaría yo. Esta tradición se ha conservado por siglos; la autora abre su manifiesto narrando el primer canto de la *Odisea*, donde Penélope pide públicamente al aedo que no hable de un tema que le es sensible, y Telémaco le responde, casi literalmente, que se calle y vuelva a su habitación. Mary Beard considera este el primer ejemplo documentado donde un hombre calla a una mujer.

Como esta hay varias anécdotas de cómo se espera que las mujeres permanezcamos calladas. Las obras literarias en las que se ridiculiza a la mujer por hablar o se le muestra como un ser silencioso, no son más que una manifestación de la realidad en la que se nos enseña que calladitas nos vemos más bonitas, que debemos disculparnos por hablar, pedir permiso para opinar, mantener nuestras ideas en la cabeza y, si acaso las ponemos en el papel, conservarlas en secreto, como una Emily Dickinson escribiendo en servilletas y escondiéndolas bajo su almohada. No se nos enseña a hablar públicamente; por lo tanto, escribimos, pero tampoco se nos ha enseñado a escribir públicamente, a que otros nos lean.



María Teresa: De la serie *Marte*

Recordemos que la escritura es una tecnología más, una forma de extender la memoria a un soporte físico en el que podemos plasmar, conservar y difundir nuestros pensamientos; entonces, la escritura es una manera más de hablar en voz alta, de hacernos escuchar, pero el ciclo no está completo si no hay un receptor, si no hay quien nos lea.

Lo más grave de todo, como si de por sí la situación no lo fuera, es que, incluso escribiendo, publicando y habiendo quien nos lea, la sociedad sigue sin acostumbrarse a nuestra voz. Beard dice: “cuando los oyentes escuchan una voz femenina, no perciben connotación alguna de autoridad, o más bien no han aprendido a oír autoridad en ella” (2018, 39). Lo hemos visto innumerables veces en la vida cotidiana: en las reuniones de trabajo, en la casa, en la escuela, pareciera que lo que las mujeres tenemos que decir no es tan relevante. Lo seguimos viendo en la literatura, sobre todo dentro de las instituciones donde se enseña esta. ¿No es sospechoso que las únicas au-

Este texto pretende ser una invitación a cuestionarnos esa resistencia, a repensar por qué, desde la institución, seguimos eligiendo leer más hombres que mujeres.

¿Es porque no conocemos suficientes autoras?, ¿es porque no creemos en su calidad literaria? Y los autores que elegimos, ¿cómo retratan la figura femenina?, ¿seguimos reproduciendo discursos misóginos a través de la literatura?

toras que se difundan en los cursos de literatura latinoamericana sean, por ejemplo, Rosario Castellanos, Alfonsina Storni y Gabriela Mistral, y que se lean, si acaso, un par de sus textos? Como si el resto de su obra no fuera igual de valiosa; como si en sus demás cuentos, ensayos o poemas no tuvieran algo que decirnos; como si fueran las únicas escritoras de la literatura mexicana. ¿No es sospechoso que, en cambio, sepamos vida y obra de Octavio Paz, Jorge Luis Borges, Gabriel García Márquez o Juan José Arreola (por citar algunos)? ¿No es sospechoso que existan premios literarios exclusivamente para mujeres, pero no para hombres? Es que ellos no los necesitan; el mundo fue hecho para que los hombres tengan voz pública, y taxonomizarlo resulta extraño para todos.

Sin embargo, en este punto de la historia, categorizar la literatura escrita por mujeres sigue siendo necesario. Necesitamos especificar que las mujeres escribimos, repetir hasta que a nadie le quede duda de ello. Beard menciona: “en



María Teresa: De la serie *Marte*

todas las esferas observamos una tremenda resistencia a la intrusión femenina en el territorio discursivo tradicionalmente masculino” (2018, 39). Este texto pretende ser una invitación a cuestionarnos esa resistencia, a repensar por qué, desde la institución, seguimos eligiendo leer más hombres que mujeres. ¿Es porque no conocemos suficientes autoras?, ¿es porque no creemos en su calidad literaria? Y los autores que elegimos, ¿cómo retratan la figura femenina?, ¿seguimos reproduciendo discursos misóginos a través de la literatura?, ¿seguimos dándole voz a hombres misóginos?, ¿preferimos que nuestras alumnas lean a hombres violentos que a mujeres que las representen? Porque los autores mencionados en el párrafo anterior, si bien fueron grandes escritores, también fueron muy misóginos. Basta con indagar un poco en sus vidas personales (o de sus allegados) para enterarnos de sus múltiples violencias: los testimonios de Elena Paz Garro donde habla sobre las agresiones que su

madre recibió de Octavio Paz; el diario de Bioy Casares, que refleja algunos comentarios en los que Borges demerita la literatura de sus contemporáneas; las *Memorias de mis putas tristes* (2004, Diana), una oda a la pedofilia, las violaciones y los abusos, o las denuncias de Tita Valencia y Elena Poniatowska sobre el abuso psicológico y sexual por parte de Arreola. A estas alturas ya no podemos seguir separando la obra del autor, no podemos seguir difundiendo el mensaje de que puedes ser un hombre violento y seguir gozando de prestigio intelectual. Considero que como educadores de la literatura tenemos una enorme responsabilidad y debemos ser cuidadosos y cuidadosos con lo que hacemos y cómo lo hacemos.

Escribir, siendo mujer, es otra forma de hablar en voz alta; publicar nuestra obra es ocupar espacios públicos. Excluir la literatura de mujeres de un programa educativo es pedir que nos mantengamos calladas. Segregar nuestra literatura del resto es como pedir que nos

vayamos a hablar cosas “de mujeres” a otro lado. No necesitamos más de eso. Lo que necesitamos es normalizar que escribimos, que no necesitamos parecer nos ni compararnos con ningún hombre, ni copiar ningún estilo, ni hablar de los mismos temas. Necesitamos, también, que nos lean. Pero primero hay que escribir, y para escribir nos hace falta conocer más referentes: necesitamos a más Elena Garro, Idea Vilariño, Marosa di Giorgio, Cristina Peri Rossi, María Luisa Puga, Victoria Santa Cruz, María Luisa Bombal, Mónica Ojeda, Guadalupe Nettel, Brenda Navarro, Samanta Schweblin, Mariana Enríquez, Fernanda Melchor, Valeria Luiselli. Conozcámoslas, leamos, divulguemos y defendamos su literatura, que también es nuestra. **LPyH**

Rosa Lyn Martínez Roldán es feminista radical y licenciada en Lengua y Literatura Hispánicas por la UV. Promotora de lectura, profesora de español y literatura en comunidades sordas.